



Jornadas de Investigación en Filosofía

Departamento de Filosofía.
Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación.
Universidad Nacional de La Plata

Vida social, continuidad y ruptura generacional. Una mirada actual desde la perspectiva diltheyana

Luis María Lorenzo (UNGS – UNLP – CONICET)

En una mesa sobre «pasado reciente» parece injustificado traer a colación a la figura de Dilthey. No obstante, pensar el pasado, la historia y la vida del espíritu fue la tarea principal a la que se abocó dicho autor. Se cree que algunos de sus conceptos más importantes permiten abrir una nueva ventana para esbozar una mirada especulativa hacia nuestro pasado reciente. Aquí nos dedicaremos exclusivamente al abordaje conceptual donde podrían resultar útiles las nociones de memoria, generación, costumbres (tradicición), conexión estructural, vida e historia.

Creo conveniente comenzar por las referencias de Dilthey al tema de la memoria, atento que es un tema poco abordado hasta el momento. Asimismo, ella permitirá introducir y articular más amablemente las restantes concepciones diltheyanas. Lo primero que se tiene que decir es que en la memoria descansa una visión, desde el presente, del pasado reciente donde se articula la dimensión del futuro en una visión del mundo que vendrá.¹ Como se verá, para Dilthey, la memoria se inserta en la trama de la vida y ésta es la que debe ser recordada. El siguiente pasaje articula a la perfección el pensamiento diltheyano.

Poseo la trama peculiar de mi vida, según la naturaleza del tiempo, sólo cuando recuerdo su transcurso. Toda una larga serie de sucesos coopera en mi recuerdo y ninguno de ellos es reproducible por sí. Ya en la memoria se lleva a cabo una selección, y el principio de esta selección reside en el significado que correspondía a cada una de las vivencias singulares para la comprensión de la conexión del curso de mi vida cuando «pasaron», o en el que cobraron en la estimación de tiempos posteriores o en el que,

¹ “La comprensión descansa en que lo recién pasado se conserva en la memoria y participa en la visión de lo que sigue.” (Dilthey, W., [1910] “Plan para continuar la estructuración del mundo histórico”; *El mundo histórico*; Trad. Imaz, E.; FCE, México, 1944, p. 246).

estando todavía frescas en el recuerdo, recibieron de una consideración nueva de mi conexión vital, y ahora que rememoro, de todo aquello que todavía puedo reproducir sólo ocupará un lugar en la conexión de mi vida lo que tiene un significado para esa conexión, tal como hoy la veo. Precisamente en virtud de mi actual captación de mi vida, cada parte significativa de la misma recibe, a la luz de esta captación, la forma bajo la cual es aprehendida hoy por mí.²

Aquí aparece la noción de vida y de trama. La vida es en Dilthey el fenómeno más importante, digo fenómeno porque no es metafísico aunque se presente como omnipresente. Ella es el modo en que se da el espíritu, unión de lo racional y lo sentimental en una trama. Ésta última es el modo en que se articulan las «conexiones estructurales de la vida», que son formas en que el sujeto une sus deseos, sentimientos y representaciones a través de su pertenencia al mundo de la vida. La memoria aparece como la selección de lo que resulta significativo en cada vivencia, dentro de la conexión total tanto por estimación o no de un tiempo posterior como su relación con el presente; aquí toma una significación importante la expresión extraída de la cita anterior que dice: “encontrando todavía fresca en el recuerdo, recibieron de una consideración nueva de conexión vital, y ahora que rememoro [...] sólo ocupará un lugar en la conexión de mi vida lo que tiene un significado para esa conexión, tal como hoy lo veo”. Dilthey demuestra que toda rememoración no es una copia fiel sino un modo de selección establecido desde el presente. Tal vez el concepto más cuestionable es el de reproducción (*Nachbildung*) que lleva en sí la idea de fidelidad; ahora vemos que en Dilthey la rememoración de vivencias pasadas no se da de acuerdo con la noción de fidelidad sino con la de significatividad. Como ilustra el pasaje que a continuación se cita toda reproducción es creadora porque es un intento de detener el decurso de la vida que es en sí misma creadora.

En el «vivir» no podríamos captar el propio yo ni en la forma de su decurso ni en la profundidad de aquello que encierra. Porque el círculo de la vida consciente emerge como una isla de profundidades insondables. Pero la expresión surge de estas profundidades. Es creadora. Y por eso en la comprensión nos es accesible la vida misma, accesible como una «reproducción» (*Nachbildung*) del crear. Ciertamente ante nosotros no hay más que una obra; ésta, para perdurar, tiene que estar fijada en alguna parte del espacio: en notas, en letras, en un fonograma u, originalmente, en la memoria; pero lo que está fijado de este modo es la representación ideal de un curso, de una conexión vivencial musical o poética.³

² Dilthey, W., (1906 aprox.) "Demarcación de las ciencias del espíritu"; *El mundo histórico*; Trad. Imaz, E.; FCE, México, 1944, p. 95.

³ Dilthey, W., (texto de 1910) "Plan para continuar la estructuración del mundo histórico"; *El mundo histórico*; Trad. Imaz, E.; FCE, México, 1944, p. 245.

Aquí la vida se muestra como un torrente imparable y la memoria y la historia son modos de detener esa secuencia, develando las expresiones que surgen desde sus profundidades. La biografía y la autobiografía son formas en que la memoria se recupera, hoy también sabemos que el testimonio es otras de sus formas. Pero al final de la cita Dilthey nos dice que en toda fijación de las expresiones de la vida también se representa un tipo de ideal de vida que fue puesto allí (haya sido o no realizado). Vida e historia son nociones que en Dilthey aparecen como indisolubles y como se vio expone la manera en que el hombre se expresa en el mundo.

Habiendo tratado el tema de la memoria es momento de articularla con las nociones de «generación» y de «tradición». Este es para Julián Marías⁴ solo una cuestión secundaria y no profundizada por Dilthey. No obstante, según se cree, si se relaciona sus expresiones en torno al tema se podrá apreciar que, si bien no hay una definición profunda sobre el concepto de «generación», el mismo se vuelve de vital importancia si se lo pone en juego con la totalidad de su filosofía. Por su parte, no se ha encontrado hasta el momento una definición explícita de Dilthey sobre la tradición más sí se puede apreciar la aparición de las costumbres como un sinónimo de ella.

Toda experiencia o vivencia personal se ve ensanchada por el cúmulo de experiencias y vivencias intersubjetivas, momentos compartidos que son expresiones comunes objetivadas en las costumbres, las tradiciones y que constituyen el entorno del mundo socio-histórico que brinda seguridad y soporte a la experiencia y vivencia personal. Todo juicio personal implica un juicio de valores y significados entrelazados de vida común.⁵ Toda experiencia personal se ensancha en el mundo social, pero se debe tener presente que, para Dilthey, es capital el descubrimiento de la escuela histórica de que el espíritu común no puede suprimir o subsumir el espíritu individual. Por tanto, la apelación al espíritu objetivo no es a un absoluto sino a una objetivación de la vida social que lleva dentro la pluralidad de expresiones de la vida de cada individuo particular. Sostiene Dilthey “Vida histórica es una parte de la vida general. Pero ésta es lo que se «se da» en la vivencia y en el comprender.”⁶ Aquí aparece la vida con todas sus fuerzas. ¿Qué significa que la historia es parte de la vida general? Se podría dar dos respuestas a esta

⁴ Cf., Marías, J., *El método histórico de las generaciones*, Madrid, 1949.

⁵ “El punto de vista individual, que inhiere a la experiencia de la vida personal, se rectifica y ensancha en la «experiencia general de vida». Comprendo con esta expresión los principios que se forman en un círculo de personas conexas de alguna manera y que son comunes a las mías. Se trata de juicios acerca del curso de la vida, de juicios de valor, de reglas de conducta, de determinación de fines y de bienes. Se caracterizan por ser creaciones de la vida común. Y afectan lo mismo a la vida de la persona individual como a la de las comunidades. A primera vista, parecen ejercer ya como costumbres, tradiciones, como opinión pública que presiona a la persona individual... un poder sobre la persona y su experiencia y poder vital individuales muy superior, por lo general, a la voluntad del individuo” (Dilthey, W.; [1910], "Estructura del mundo histórico por las ciencias del espíritu"; *El mundo histórico*; Trad. Imaz, E.; FCE, México, 1944, p. 155)

pregunta, una que entienda por vida histórica aquella que refiere a la vida humana en común –vida intersubjetiva- y por vida general la vida natural de la cual es parte; otra, que dentro del mundo humano, entienda por vida general la vida en común –vida objetiva, espíritu objetivo- y por vida histórica al valor puesto en el individuo. En ambos casos el individuo es el único ser actuante y la historia es el nexo de sentidos dados por la interacción de individuos. En estos nexos Dilthey no encuentra determinación alguna sino tan solo innovación, el individuo es el único ser creador de su realidad.

Esta preocupación de Dilthey puede contextualizarse también a partir de los procesos de la Alemania de su tiempo. En su época el segundo Reich se encontraba en proceso de aumentar sus fuerzas y alcances hasta el punto de que el individuo se veía subsumido al Estado (para Villacañas esto es el paradigma del Estado hegeliano). En esta época Dilthey reclama que el individuo retome su valor propio y se muestre como el autor de lo social, un agente, un ser actuante. Ahora bien, el hombre actúa dentro del mundo socio-histórico al que Dilthey denomina «espíritu objetivo».⁷ Éste último representa la comunidad de ideas que se reflejan en las costumbres y tradiciones con las que cada individuo entra en relación.

Ahora bien, siguiendo a Villacañas,⁸ Dilthey quería mostrar que el Estado no es un ser absoluto de derecho por lo cual el individuo tampoco es su instrumento; el mundo social es el lugar donde actúan seres libres y producen en sus expresiones y su historia las objetivaciones humanas. Esto explica, en parte, el rechazo diltheyano al «espíritu absoluto» hegeliano y su incorporación al «espíritu objetivo».⁹ Los postulados hegelianos son retomados por Dilthey, pero despojándolos de toda referencia a un universal o Dios omnipotente. La eliminación diltheyana del idealismo hegeliano –el agnosticismo diltheyano- abre las puertas a la interpretación de un «espíritu del mundo» o «espíritu objetivo» como manifestación de esa relación propia del hombre con su sociedad, del hombre con su generación, del hombre con el espíritu de su pueblo, de los pueblos entre

⁶ Dilthey, W., (1905-1910), "Estructura del mundo histórico por las ciencias del espíritu", en Dilthey, W., *El mundo histórico*, Trad. Imaz, FCE, México, 1944, p. 286.

⁷ "Entiendo por espíritu objetivo las formas diversas en las que la «comunidad» que existe entre los individuos se ha objetivado en el mundo sensible. En este espíritu objetivo el pasado es para nosotros presente permanente. Su ámbito alcanza desde el estilo de vida, desde las formas del trato hasta las conexiones de fines que la sociedad ha establecido, las costumbres, el derecho, el estado, la religión, el arte, las ciencias y la filosofía." (Dilthey, W., [1910], "Plan para continuar la estructuración del mundo histórico"; *El mundo histórico*; Trad. Imaz, E.; FCE, México, 1944, p. 232)

⁸ Cf., Villacañas, J., *Historia de la filosofía contemporánea*, Akal, Madrid, 2001, p. 125.

⁹ Según Villacañas, los sucesos bélicos de la Alemania, en especial la Primer Guerra Mundial y la República de Weimar, parecen justificar el reclamo diltheyano. Al caer ese gran Estado los individuos sometidos al II Reich se quedaron huérfanos, carentes de vida, sin rumbo y sin sentido; esto también permitiría comprender, en parte, la aparición del Totalitarismo como quien vuelve a otorgarle al Estado y al mundo su sentido perdido.

sí, encaminada teleológicamente a la consecución de fines. Es aquí donde los conceptos diltheyanos de «nexo finales», «estructura», «relación del todo con las partes», «generaciones», «conciencia histórica» y «significado», cobrarían toda su dimensión, siempre y en tanto se encuentren enmarcados dentro de la relación del hombre con «La Vida».

Por lo visto y si observamos detenidamente, el concepto de historia que maneja Dilthey se aleja de la noción de historia universal imperante en su época para asimilarse al uso actual de la memoria. La historia es tránsito de la vida y la memoria el modo en que se articulan las vivencias en la conciencia de cada individuo y que en la sucesión de generaciones deviene conciencia histórica. Por ello, la experiencia no es de un sujeto aislado, tampoco la científica que subsume todo a experimento (experiencia de laboratorio) sino experiencia histórica, experiencia de la vida en común. Ésta es experiencia comunicable; las generaciones son el vínculo entre experiencias pasadas y futuras, no un vínculo muerto, un mero hecho histórico (monumento, algo fijado e inmóvil) sino un vínculo vivo, un pasado presente, el pasado como cúmulo de experiencias posibles. Hacer callar a una generación, buscar una ruptura generacional, equivaldría a tratar de enmudecer el mundo, y producir una pérdida de sentidos; más, como se vio, las generaciones están compuestas por individuos, no son abstracciones; es la conciencia histórico-generacional la que se acumula en cada individuo, en la memoria y en los significados que cada individuo acarrea en sus vivencias. Por ello resulta imposible cortar los lazos que unen las generaciones, aunque si es posible debilitarlos.

A esto puede ser objeto de dos cuestionamientos. Uno, ¿es posible que una eliminación total corte con los lazos generacionales?, y, el otro, ¿es posible que una ideología eliminacionista sea vista como una tradición que hace que una generación pueda imponerse ante otras y hacerlas desaparecer? Respecto del primer punto, si el individuo es un *punto de cruce* –un contacto contante con otros y con las costumbres- y es quien atesora a las tradiciones y que éstas no se encuentran sólo en los “grandes hombres” sino en cada individuo que tiene y tuvo un contacto con ella, los principios básicos de cada generación se conservarán y perduraran mientras exista un individuo que halla tenido contacto con ella, sea o no un representante tipificado de esa tradición. Teniendo presente el mismo concepto de hombre como *punto de cruce* se puede observar que una cultura eliminacionista niega puntos de cruces y con ello niega su historicidad. Así se convierte en una cultura ahistórica que lleva en sí misma los elementos para su propia autodestrucción puesto que no posee contacto alguno con lo propiamente humano.

Por lo expuesto, siempre será vacuo acallar a una sociedad o una generación a través del intento de volver a un punto cero, entendiendo por esta expresión la vuelta a un punto

previo donde el *status quo* no se encontraba alterado. Aquí volver a cero implica retornar al punto en que no se debería haber transpuesto. Regresar al lugar que un grupo político, un poder económico estableció como el óptimo para la sociedad. Pero luego de lo visto queda claro que el retornar a un punto cero es imposible en el mundo histórico. La historia conservadora, que es la historia de los vencedores, atribuye un ideal de progreso, un punto cero desde el que se parte pero con preconceptos que no pueden ser transpuestos; el ideal de progreso es uno y no acepta ser modificado. Es decir, el sentido clásico de progreso histórico no es multicultural.

La filosofía diltheyana muestra que estos postulados sobre el progreso lineal están fundados en supuestos falsos. Reposan sobre la fundamentación de la razón y dejan de lado los sentimientos como el amor, la confraternidad, el dolor, entre otros. Por ello, la vivencia, que no es empatía ni encierro en el sujeto, es tan importante. Ella es shock de vida, momentos irradiantes de acontecimientos que se funden en el sujeto y en la sucesión de generaciones y calan dentro de la conciencia histórica. Por ejemplo, las heridas y el cúmulo de experiencias perdidas se sedimentan en la memoria como dolor que se acumula en la conciencia histórica imposibilitando que ellas se olviden definitivamente. El olvido es momentáneo porque el anhelo por el tiempo perdido permanecerá en la sociedad; sobre todas las ruinas residen ocultas las vivencias de que se formaron; la mirada histórica sobre las ruinas consiste en recuperar dichas experiencias, rescatar los sentidos que allí operaron y como influyen y se transforman hoy. Recuperar la memoria es ir en contra de la historia que concibe al progreso como el movimiento inevitable de la razón.

Las historias de las generaciones y de las tradiciones es la verdadera historia global. Ésta se enfrenta a la vieja idea de una razón dominante, razón exclusivamente propia de una tradición occidental decimonónica que no escucha otras voces. La historia de la razón es historia de un tiempo vacío, en tanto la historia global debe constituirse como la historia de los nuevos tiempos, historia vivida. En esta historia global, los excluidos, los sometidos a largos silencios, tienen hoy la posibilidad de alzar sus voces, exponer sus tradiciones. La memoria y las vivencias como un cúmulo de experiencias de mundo son un refugio para que las tradiciones perduren frente a cualquier avasallamiento de una cultura dominante. La memoria y las generaciones aportan a la historia el advenimiento del tiempo pleno, del tiempo vivido. La nueva historia global se debería asomar como el refugio para el multiculturalismo, no obstante, la amenaza de silencio estará latente por siempre y es nuestra responsabilidad evitar que se imponga.